

LO DIGO POR DON ANTONIO DE LAMA: VEINTICINCO AÑOS MUERTO / INMORTAL

Francisco Martínez García

1.

Este año se cumplen cincuenta del nacimiento de la revista *España* y veinticinco de la muerte de su Gran Padre nutricio y valedor, don Antonio González de Lama. Ambas efemérides tienen méritos sobrados para el recuerdo, la conmemoración y el homenaje. Las dos serán recordadas, conmemoradas y homenajeadas con la justicia y dignidad que merecen. Quédese para otra ocasión lo que a *España* corresponde. Y contemplemos hoy la figura de aquel personaje singular, "hombre del verbo sonoro", que

Iba despacio por la calle arriba
hacia la Biblioteca. Se notaba
que el ángel con que al paso dialogaba
encandilado con sus charlas iba.

Supo que la palabra era una viva
razón frutal del corazón y hablaba
como si fuera un árbol que poblaba
de pájaros la tarde fugitiva.

Doctorado en virtudes teologales
vivía entre palabras esenciales
con la humildad del que hasta en verso reza.

Era un hombre de Dios; se conocía
por aquella manera que tenía
de partir la verdad y la belleza.

(Luis López Anglada)

Aparte de este espléndido soneto de López Anglada, que parece un retrato en movimiento y una *summa* feliz de aciertos profundamente anclados, de don Antonio González de Lama se ha dicho mucho y escrito bastante. Pero hay que reconocer que, por mucho que se diga y escriba, nunca será demasiado, ni siquiera suficiente. Podría afirmarse que de Don Antonio, *nunquam satis*, aplicándole la también feliz y lapidaria frase que san Bernardo acuñó para ponderar la riqueza inabarcable de la Virgen María. Sí. De Don Antonio, *nunquam satis*.

Quiero que lo que voy a exponer sea entendido al amparo de esta sincera actitud mía de pequeñez y de admiración. Deberá, en consecuencia, ser unido, como una sencilla y cariñosa pincelada más, al cuadro que se pretende abocetar en merecidísimo honor y homenaje suyos. Eso sí: como una pincelada necesaria, importante y significativa, puesto que sin ella el boceto de Don Antonio pudiera quedar llamativamente incompleto --y, por tanto, desfigurado e irreconocible-- aun para los que tenemos la suerte de ser paisanos suyos que lo recordamos, lo queremos y admiramos como algo que, personal y colectivamente, nos pertenece; es decir, como una clara y altísima personalidad humana, cultural y literaria entrañadamente leonesa.

¿De qué voy a tratar, pues?

Voy a tratar de Don Antonio G. de Lama en un aspecto muy concreto de su abundante personalidad: el aspecto de *crítico literario*.

Para que todo quede en casa, y con el fin declaradamente didáctico de que, apagadas mis palabras, algo permanezca de ellas --una brasa, un chispazo, un destello, una luz--, lo voy a hacer poniendo a Don Antonio en relación con otras tres personalidades del campo de la cultura literaria leonesa. Las tres, curiosamente, pertenecientes al cetro clerical, como Don Antonio. Espero que, de esta manera, la referencia o comparación resulte más convincentemente eficaz. Esas tres personalidades son: Don Antonio Obregón y Cereceda, Don Fernando de Castro y Pajares, y Don José Díez Monar.

Lo podría comparar con otras muchas, lo que indica, ya de entrada, la categoría de nuestro Don Antonio. Parece, por ejemplo, que sería obligado, por mi parte, relacionarlo, por lo menos, con dos que la tierra valderense, sus aires y sus cielos conocieron muy bien y de cuya memoria están irremediabilmente impregnados. Me estoy refiriendo a don Eugenio Merino y a don Luis López Santos.

Don Eugenio, en efecto fue una figura típicamente leonesa: sacerdote, profesor de Historia eclesiástica y Arqueología en el Seminario de Valderas, hombre trabajador, como todos los de allí, y estudioso autodidacta de gran talento, logró, allá por los años veinte, reunir una notable cantidad de restos arqueológicos de Tierra de Campos. Esos restos constituyen hoy la mundialmente conocida y admirada "Colección arqueológica Don Eugenio Merino". Fue profesor de don Antonio González de Lama. Estoy seguro de que éste colaboró en las excavaciones del despoblado romano "Los Villares", junto con los demás compañeros de seminario a los que el entusiasmo arqueológico de Don Eugenio contagió de manera admirable. Pero --ya digo-- no voy a hablar aquí de Don Eugenio Merino.

Don Luis López Santos fue una de las figuras de más nítido perfil intelectual y de relevancia más significada en la cultura leonesa de posguerra, es decir, de los años que siguieron a la guerra civil de 1936 a 1939. Nació en Valderas en 1903, dos años antes que Don Antonio. Estudió, al igual que

él, en el seminario de San Mateo. De ahí le venían a Don Luis aquel intenso espíritu de trabajo y de estudio, aquel agudo sentido de la disciplina y aquella indomable tenacidad temperamental, tan distante y distinta de la de Don Antonio. López Santos fue una personalidad en el candelero social y político durante una treintena de años en León: desde Delegado Provincial de Protección Escolar, hasta Director y catedrático del Instituto de Bachillerato "Padre Isla", pasando por la Secretaría del Colegio Oficial de Licenciados y Doctores, por la fundación del Colegio Menor "Jesús Divino Obrero", por la puesta en marcha de revistas de prestigio reconocido como *Archivos leoneses* y *Colligite* --también *Espadaña*-- y por el Centro de Estudios e Investigación "San Isidoro". La obra suya publicada es inmensa. Pero, tampoco hablaré de Don Luis López Santos. Don Antonio, a su lado, parece como oscurecido por el brillo de la vida social de Don Luis; incluso, hasta el bueno de Don Antonio se permitió la humildad de nacer dos años más tarde que Don Luis, y de morir cuatro años antes... Cosas de Don Antonio.

No voy, pues, a comprar a Don Antonio con estos dos personajes, aparentemente tan apropiados para servir como punto de referencia. Muy bajito, diré que, a mi modo de ver, ni uno por uno, ni los dos juntos darían la talla para poder ponerse delante de Don Antonio en el aspecto concreto que yo quiero tratar hoy.

2.

Pondré a Don Antonio González de Lama --que nació en Valderas en 1905, y murió en León en 1969-- en relación con tres sacerdotes --él también lo era; todo el mundo lo sabe-- de muy diversas épocas, leoneses los tres, y cuyos nombres escribo de nuevo; eran/son: Don Antonio de Obregón y Cereceda, Don Fernando de Castro y Pajares, y Don José Díez y Monar.

¿Quiénes eran estos tres personajes y por qué los traigo yo a colación aquí? Lo veremos en seguida.

Don Antonio de Obregón y Cereceda

Fue un eclesiástico del siglo XVI, zambullido en la vida oficial y zambullido, también, en la vida cultural del humanismo renacentista. Nombrado por Felipe II Canónigo de la Catedral de León, brilla con luz propia en un cielo ya abrumado de estrellas, lo que declara y delata una valía fuera de serie. Da el tipo del erudito renacentista que sabe de todo y de todo sabe en profundidad. Se entrega en sus ratos de ocio a la literatura. Bien entendido que "ocio" no quería decir por entonces lo que hoy entendemos que quiere decir: el ocio era la ocupación entregada al estudio, al arte, a la meditación, a la enseñanza de saberes acumulados, a la producción de obras propias de creación literaria y al estudio crítico, hondo y

asimilado de las obras de otros escritores, sobre todo de los grandes renacentistas italianos. Este es el caso de Antonio de Obregón, que se especializó en Petrarca y escribió una monografía sobre *Los Triunfos*, monografía que se imprimió en Salamanca en 1605, y que se titula *Los Triunfos del Petrarca en la media y número de versos que tienen en el Toscano, con su glosa*. Era, además, un pensador serio, y prueba de ello es su *Discursos sobre la filosofía de Aristóteles*, obra publicada en Valladolid, en 1603. Y era, sobre todo --porque es lo que aquí nos interesa--, el director, animador y mantenedor de una tertulia de altos vuelos literarios en la que participaban los ingenios más privilegiados de la ciudad de León. Leamos esta página, publicada por Francisco Escobar García, y que yo he incluido en mi libro *Historia de la literatura leonesa*. De esa página quiero sacar uno de los puntos de comparación con don Antonio G. de Lama. Dice así:

Por los años de 1580, Don Antonio de Obregón y Cereceda, capellán de Felipe II y Canónigo de la Catedral de León en la que, según sus biógrafos, brilló como figura de primer orden (dícese que murió en opinión de santidad), encontraba recreación en los ratos de ocio frecuentando una tertulia literaria de la ciudad y contribuía a elevar el tono culto de aquel círculo de selectos con su amor a la bellas letras (...) así como de su afición a la Filosofía (...) eran asiduos a aquellas reuniones, además del Capitán don Tristán de Obregón y Cereceda, Regidor de la ciudad y hermano del Canónigo, el poeta don Pedro de la Mata, el Licenciado don Julio de Salazar, el capitán, también poeta, don Alonso de Tovar, el Doctor den Jerónimo Reinoso, don Hernán González de la Vecilla con su hermano don Pedro de la Vecilla Castellanos, y, quizá ya para entonces, don Diego de Santiesteban y Osorio. Los temas que entretenían el ocio o proporcionaban recreación eran de muy variada naturaleza (...) Pero el tema más frecuente, aparte de los comentarios a las obras literarias, especialmente las leonesas, que se publicaban por aquellos días, era el de la penumbra que iba envolviendo, año tras año, a aquella capital y a aquel Reino de León cuyo brillo se apagaba (...) siguiendo el tema en esta línea, a buen seguro que no sería muy infrecuente el comentario sobre la decisión del noveno Alfonso, que había preferido la dorada Salamanca como cuna de las Letras españolas, erigiendo aquí, y no en León, la gloriosa Universidad (...) Salamanca había logrado la inmortalidad por la voluntad de un rey que había visto la luz en la ciudad que poco a poco veía borrarse los trazos de su historia (Cf. FRANCISCO ESCOBAR GARCIA, "Un libro y un poema olvidados", en *Tierras de León*, 4 (1963), 43-44).

Don Fernando de Castro y Pajares

Vaya por delante, con la importancia que ello tiene, que se trata de una de esas figuras imprescindibles para comprender de manera adecuada la cultura y la literatura leonesas. Nace en Sahagún en 1814. Se hace capuchino en Valladolid en 1829. Es un religioso desmedidamente fervoro-

so, pero tiene una ideología liberal muy clara, cosa rara en un hombre aislado del mundo, de momento. De momento, porque a raíz de la Desamortización de Mendizábal, se convierte, de la noche a la mañana, en un tipo característico del mundillo y del meollo del siglo XIX español: el exclausturado. En León es acogido benignamente por el obispo que ve en ese joven de ventitrés años un talento privilegiado. Es catedrático de Filosofía en el Seminario y llega a ser Vicerrector. Es Secretario de la Comisión Artística y Literaria, creada para salvar la mayor cantidad posible de libros y obras de arte de los conventos clausurados. Es fundador y primer Director de la Biblioteca Provincial. Es Secretario de la "Sociedad Económica de Amigos del País". Etc., etc. Y, de pronto, terminada la guerra civil, con victoria para los carlistas, Fernando de Castro es apartado de su cátedra. Y marcha a Madrid. Es allí Profesor de Instituto por oposición, convalida sus estudios en la Universidad Central --de la que llega a ser rector--, traba relaciones y amistades con los krausistas, se va distanciando de sus creencias (o, al menos, de sus vivencias) religiosas, abandona totalmente, y por cuenta propia, el ministerio sacerdotal, muere en 1874, y es enterrado "sin acompañamiento de clero" en el Cementerio civil, cumpliéndose lo que él mismo había dejado escrito en su celeberrima *Memoria testamentaria*. Sus restos reposan al lado de los de otro leonés insigne, Don Gumersindo de Azcárate.

Fernando de Castro es el tipo de un gran número de intelectuales españoles del XIX que, salidos del campo, llegan a la gran ciudad y, en ella, lejos de la naturaleza, van perdiendo la "virginidad de la fe" y adoptando un talante relativista en cosas tenidas hasta entonces como graníticamente absolutas e incuestionables: la divinidad, la fe, la iglesia, etc. Fernando de Castro es uno de los grandes heterodoxos españoles: de claustural se convirtió en exclausturado, y de exclausturado en secularizado. Tal vez, justamente por eso, es también el tipo del intelectual español abierto a las corrientes europeas, el tipo --sin más-- de lo europeo que intenta abrir, penosamente, una brecha en el muro endurecido y compacto del conservadurismo español. Como bien se comprende, para ello tenía que ser un liberal, un intelectual liberal, en el sentido condenado por la Iglesia y que entonces era normal: un liberal de raíz francesa y de ramificaciones británicas, un liberal que manejaba tres ideas fundamentales (el sistema, la producción y la libertad). Pero, sobre todo, Fernando de Castro es el tipo de católico liberal, y más por su condición de sacerdote: su oposición a la declaración del dogma de la Infalibilidad pontificia, su progresismo, su lenta lucha interior hasta llegar, por la vía de una coherencia férrea, al abandono de la práctica eclesial, su indocilidad ante la autoridad religiosa jerárquica, etc. son manifestaciones que deben ser tenidas en cuentas. Pero, en el fondo, Fernando de Castro fue el tipo de la dialéctica "campo/ciudad", con el sentimiento trágico de la propia vida que esa dialéctica lleva siempre consigo. No es extraño, pues, que este personaje haya sido, y sea,

objeto de las críticas más dispares: desde las que le consideran un adelantado a su tiempo en el mejor sentido de la palabra, hasta las que --así la de Menéndez y Pelayo-- le colocan, de manera cruel, injusta y anticristiana, en el infierno.

¿Qué tiene que ver Don Antonio G. de Lama con Don Fernando de Castro y Pajares? Se verá más adelante.

Don José Díez Monar

Fue, él también, un sacerdote de amplios saberes y de una producción escrita muy extensa. Murió en 1975 --más tarde, pues, que Don Antonio--, después de una larguísima vida de entrega a la historia, al arte, a la sociología, a la piedad, a la ascética, a la producción torrencial de escritos de sabor plena y conscientemente conservador en todos los sentidos, muy en especial en el religioso.

Escribió también poesía: lo más importante fue recogido por él mismo en ocho tomos bajo el título *Mis rimas*. Antecede al primero de esos tomos una introducción titulada "Poesía y arte poético" que constituye una verdadera poética, lo cual resulta sorprendente ya que su fecha es la de 1954, es decir, estrictamente contemporáneo de G. de Lama y cuando la revista *España* ya había dejado de existir. Se podría pensar que Díez Monar buscaba pelea, polémica. No es verdad. Él estaba en la posesión rígida y pacíficamente dogmática de la verdad en todos los campos, desde el religioso al estético, ya que de su savia se había nutrido su vida entera.

Los puntos básicos de su poética son éstos:

1) La obra creativo-estética y la cósmico-divina están indisolublemente unidas, forman la misma cosa.

2) El artista, para ser auténtico y verdadero, no puede prescindir de los elementos eternos, inmutables, que provienen de Dios y se manifiestan en el orden del mundo.

3) Pero, la Poesía, como todas la demás Bellas Artes, está sometida a reglas, cánones o preceptos, porque sólo así sus resultados serán armónicos, como es armónica la creación divina.

4) Por tanto, la obra poética humana es una manifestación de la perfección que la obra divina posee: cuanto más se acerque la obra humana a la divina, más artística será.

5) Los poetas que más alto grado de perfección lograron fueron los clásicos porque --siempre según Díez Monar-- en ellos vemos muy destacados los cuatro elementos que abonan su perfección, a saber, inspiración, acentuación, medida y rima.

6) Sólo la obra poética así realizada puede desafiar al tiempo y tener perennidad, es decir, ser constantemente actual.

7) Como es lógico y de acuerdo con los puntos anteriores, Díez Monar arremete contra toda la poesía moderna y la condena. Por ello,

puede hablarse de su poética como de una "poética hipostasiada", ya que en ella se postulan y exigen el Arte y la Moral, pero unidas de manera sustancial, de modo y manera que Arte sin Moral no merece el nombre de Arte, porque no lo es.

Curioso resulta, a nuestra mirada actual, este ejemplar sacerdote que vivió los últimos años de su vida en completo retiro. Comía a diario en el Restaurante Rocha --hoy Sotomayor--, cuyo propietario, don Fernando Rocha, me decía hace bastantes años ya: "Lo teníamos como de la familia".

Qué tenga que ver nuestro Don Antonio con Díez Monar, quedará claro también.

3.

Vamos a ello. Entramos, así, en la parte central de mi exposición. Parte central, pero al mismo tiempo también parte final, ya que a lo que de ahora en adelante diga le iré dando un carácter conclusivo. Seré, por tanto, obligadamente esquemático.

Relación González de Lama/Obregón

Don Antonio de Obregón y Cereceda fue un humanista: bien dotado naturalmente, cultivado con estudios oficiales, manteniéndose rígidamente dentro del sistema, erudito renacentista/clásico.

Don Antonio González de Lama fue también un humanista: hombre excepcionalmente dotado --me dice Nora: "fue un caso de derroche de dotes verdaderamente escandaloso"--, cultivado con estudios personales --no oficiales a niveles civiles--, autodidacta, pero con talento --no un simple almacenista de lo estudiado y leído--, hombre de lecturas copiosísimas --su figura de cura de Antimio, siempre rodeado de libros, es el prototipo del ansia cultural del clero leonés de los pueblos--. Fue un humanista "campesino", en el mejor sentido de la palabra, buen husmeador de los vientos que soplan y mejor catador de los frutos de la tierra intelectual. ¿Dentro de qué sistema? Este es un problema en el que no puedo entretenerme aquí. Sólo diré: a niveles político-sociales, Don Antonio fue educado en un ambiente tradicional; pero a través de un largo proceso de altibajos, adaptaciones, evoluciones y hasta contradicciones, supo mantener el tipo de su independencia personal y mental, en una suerte de liberalismo político que aunó con el mejor compromiso cristiano --tipo *Cruz y raya*, la revista de Bergamín--, adaptándose a la circunstancia histórica de la guerra civil y del bando vencedor en ella: su período de director del *Diario de León* lo atestigua bien.

En cuanto al sistema eclesiástico establecido, Don Antonio no fue nunca un sacerdote áulico. Más: estuvo alejado de todo círculo de camarillas estamentales, incluso alejado del clero "oficial" de la diócesis y de la ciudad de León. No era hombre, no era sacerdote de tertulias mundanas ni de

chocolates en casas bienpudientes. Por ello, fue mirado con recelo --y hasta con indiferencia y, tal vez, con una especie de desprecio-- por algunos sacerdotes "establecidos". A ello contribuyó, sin duda, su origen, nunca renegado, de hombre de pueblo y, por tanto, de campo. Don Antonio era en León una conciencia crítica, no siempre gustosamente oída por la clase burguesa. La verdad es que nunca fue peligroso, porque la cultura no era entonces algo tenido por preocupante para el sistema ni para el orden social: Don Antonio fue un revolucionario, pero, como era un revolucionario cultural, no despertaba especiales inquietudes en el poder político ni en el poder eclesiástico. Naturalmente que, siendo así, no podía llegar a ser obispo, ni siquiera canónigo... y se quedó en beneficiado...

Obregón fue un sacerdote ejemplar. Incluso murió en fama de santidad. Esto ocurría en los siglos XVI y XVII. Había, en aquellas calendas, unos esquemas y, Obregón se plegó sin dificultad a ellos: predicador real, canónigo real, incondicional seguidor de las doctrinas de Trento y de la Contrarreforma, español de la España imperial...

González de Lama fue un evangelio viviente, un sacerdote ejemplar, de convicciones profundas, jamás cuestionadas --al menos en el fuero externo--. Había un esquema que, en el fondo era el mismo de los siglos de Oro. ¿Qué hizo Don Antonio? También se acomodó a él, pero de manera crítica. Fue un sacerdote posconciliar muchos años antes del Concilio Vaticano II. Ahora bien, esa actitud crítica suya no podía exteriorizarse: Don Antonio se mantuvo en su sitio, no fue un predicador oficial, no fue un sacerdote de élite, pero tampoco dijo nunca nada que indicara la más mínima reserva, la más mínima reticencia, la más mínima polémica, la más mínima actitud en contra... Y sin embargo... y aquí queda un problema, aún sin estudiar, aunque sobre él yo creo tener las ideas claras. En su momento --no hoy-- diré sencilla y llanamente lo que pienso y la conclusión a la que mis referencias, mis informaciones y, sobre todo, mis reflexiones me han llevado. Don Antonio no fue un abate Marchena. Fue un santo sacerdote, coherente con su fe, aunque esta coherencia le costara --estoy seguro-- un precio muy alto a niveles personales, psicológicos, intelectuales, humanos...

Obregón fue un crítico literario al uso en el siglo de Oro: erudito, con profunda formación clásica, comentarista agudo como era de rigor, y un adelantado de la crítica comparada, por tanto de la literatura comparada. Bien es verdad que el mundo renacentista era de una asegurada unidad, cimentada en la unidad misma de la cultura y en el valor que para esa unidad tenía la persona humana, el hombre en cuanto a tal.

González de Lama fue un crítico literario muy peculiar. Ante todo, la crítica suya --tan apetecida y hasta temida-- fue algo que se formó a partir de sus estudios personales profundos, de sus lecturas caudalosas y, sobre todo, de la reflexión sobre todo ello a la luz de la filosofía, que dominaba --como es sabido-- de manera clara y exponía de manera todavía más clara.

De esta forma, llegó a estar en posesión de una crítica a la que yo llamaría "instintiva", "olfativa", y "de sentido común". Quiero decir: captó a la perfección lo esencial del momento cultural y literario en que vivió y, de acuerdo con esa captación, criticó libros y obras. Estoy seguro de que no estaba al corriente de las tendencias críticas que, en ambientes europeos, empezaban a circular; pero es que en España nadie estaba al tanto de ellas. Así que, Don Antonio fue un crítico perfectamente equipado y actualizado, en su momento. Cuestión distinta es --sería-- estudiar y ver si aquella actualización suya sigue siendo actual hoy. Me parece muy importante un detalle; éste: eso que llamamos Literatura comparada --y, correlativamente Teoría de la Literatura comparada y Crítica comparada-- hace referencia, de ordinario y hoy, al estudio de las literaturas de diferentes países en tiempos determinados y concretos, y desde el punto de vista de unos criterios muy seleccionados. Pues bien: Don Antonio no necesitó recurrir a esta dudosa forma de hacer crítica; le bastó con hacerla de manera conjunta y sometiendo los elementos observados a una serie de relaciones --de comparaciones-- la mayoría de las cuales son internas a la literatura española, que era su fuerte. Porque, evidentemente, para hacer esto se necesita tener un dominio pleno de la literatura en su totalidad y de la especificidad y características de cada uno de los períodos o épocas, como también de los movimientos o escuelas. Y Don Antonio lo tenía: así lo demuestran sus conferencias, charlas, lecciones, notas, etc. sobre la literatura española de la Edad Media, por ejemplo.

En fin, Obregón asistía en León a una tertulia muy selecta, socialmente hablando, y elevaba su tono participando activamente en ella.

González de Lama, no sólo asistió a una tertulia. La mantuvo. La tertulia era él. Pero no era tertulia para una selección de burgueses en ocio. Era, más bien, una lección continuada y, además, peripatética, a la que asistieron personas tan diferentes en todos los sentidos como Victoriano Crémer, Angel González Alvarez, Eugenio de Nora, Antonio Pereira... Por cierto, ¿quién mejor que Pereira para acercarnos, en palabras transformadas y sublimadas poéticamente, aquella tertulia, consagrada desde el principio? Escribió, en efecto Pereira, en el poema "Lo digo por Don Antonio de Lama" --del que he tomado el título de esta exposición mía--:

Quando en Sagres escucho una campana
vuelvo León adentro. Yo os lo fío:
que a estos ocho compases de la tarde
el bando de los grajos se asustaron
de torre a torre en una catedral
donde caben cien barcos y se mella
el aire con la barba de los reyes.
Ahora sale el amigo. Ya le hacen

su sitio entre la gente y los relojes.
Es la manera en punto de saberse
completa la ciudad.
Orilla del río.
Pienso que está pensándome, esperándome.
Quién se echaría al campo una mañana
si no supiera que alguien le defiende
la plaza y la costumbre, el vino alegre
del regreso, los pálidos inviernos
de alzar islas calientes en la niebla.
Y qué valiera todo cuanto amo
a este país de rosas y quebranto,
sin otro corazón con quien partirlo.

Esta tertulia, que comenzaba siempre a las ocho de la tarde --hora de cerrar la Biblioteca Azcárrate, de la que G. de Lama era Director- fue el terreno en el que nació la más importante revista poético-crítica de la inmediata posguerra, *Espadaña*. Todos saben que fue en ella donde Don Antonio escribió y nos dejó lo mejor que él tenía en su faceta de crítico literario. Para cualquiera que quiera tener una idea cabal de los principios estético-críticos de G. de Lama, resulta imprescindible la lectura de sus artículos "Poesía y verdad", que constituyen el *corpus* doctrinal-literario de la revista misma, es decir, la aportación concreta que ella, en el momento de los años cuarenta ofreció al mundo poético español. El manifiesto --quiero llamarlo así-- crítico de Don Antonio es el artículo "Si Garcilaso volviera", publicado en *Cisneros*, de Madrid, revista del Colegio Mayor del mismo nombre, en el que era colegial Eugenio de Nora; él fue quien gestionó la publicación del ya para siempre célebre artículo. Ese artículo fue el revulsivo de la vida poética de España. Y su autor era un humilde, sencillo y feo cura que había nacido en Valderas treinta y ocho años antes, y que, en humanados versos de Crémer,

era como un niño huérfano,
al que le hubieran negado el pan de la merienda
y el beso.
Lloraba, lluviosamente,
para adentro,
sin llantos, sin palabras oscuras,
y se echaba a la calle a corazón abierto
cuando en los fosos del río el sol se sumergía
silencioso también, también hambriento
de claridad definitiva.

Relación González de Lama/ De Castro y Pajares

Con este título se podría escribir un libro; y no breve. Ello quiere decir que aquí me limitaré a señalar unos detalles mínimos, aunque importantísimos, que marcan semejanzas y diferencias entre estos dos leoneses, sacerdotes los dos, y los dos sabios. Los detalles que ofrezco no afectan en profundidad a la literatura, pero sí a la actitud vital que hace posible estudiar y criticar la literatura de una manera o de otra. Así pues, afirmo lo que sigue.

Don Fernando de Castro y Pajares fue un intelectual en el más estricto sentido de la palabra. Don Antonio González de Lama, también.

De Castro fue un intelectual que vivió visceralmente la dialéctica "campo/ciudad", optando por la "ciudad", pero sin lograr acomodarse a ella, por lo que toda su vida fue una tremenda encrucijada en la que se debatió por tomar un camino que, al fin, tomó, pero del que nunca estuvo satisfecho a niveles psicológicos personales. Siguió siendo, no un "ciudadano", sino un "campesino" que vive en la ciudad, abrumado por lo que ella es, supone, indica, exige y condiciona. Yo creo que de Castro y Pajares fue una personalidad frustrada, justamente por no haber sabido encontrar su sitio de colocación en el campo de juego que la vida le brindó.

González de Lama fue un "campesino" siempre. Ser "campesino" fue para él una manera esencial de ser, una naturaleza, algo --por tanto-- a lo que no se puede renunciar sin desnaturalizarse. Para Don Antonio, era tan campo León como Valderas o el pueblecito de Antimio en el que pastoreó como ecónomo parroquial. Por campesino, fue un hombre trabajador, un tanto desconfiado, irónico y zumbón, pero generoso hasta la prodigalidad, y pobre: material y evangélicamente pobre. Fue un "campesino" consciente durante todos y cada uno de todos los días de su vida.

De Castro y Pajares fue un liberal radical. No era para menos. La experiencia de la exclaustración, la guerra civil, etc. fueron aguijoneando el indiscutible extremismo del que estaba hecho, dándole además un tinte de resentimiento que no consiguió limpiar, a pesar de sus declaraciones de tranquilidad de "virginidad de la fe", etc.

González de Lama fue también un liberal. Lo era ya antes de la guerra civil. Y lo fue después, aunque ese después deba ser matizado en el sentido ya señalado: la guerra, que llevó a la lucha y a la muerte a jóvenes y menos jóvenes, sacudió su fibra existencial y agónica --en sentido unamuniano-- y le hizo, con toda seguridad, más prudente --o más tímido, o más cauteloso--, al menos a la hora de producirse en público. Liberal sí, pero radical no.

El radicalismo de Fernando de Castro afectó profunda y definitivamente a sus creencias religiosas y a sus vivencias religiosas de/en la forma que ya conocemos.

El liberalismo de Don Antonio, por no ser radical, no afectó a sus creencias ni a sus vivencias. Él fue siempre un cristiano íntegro, un sacerdote coherente y una personalidad austera, moderada y digna.

Fernando de Castro fue tentado por la ciudad. Y cayó en la tentación. Marchó a Madrid, y no regresó. Humanamente, puede decirse que allí triunfó plenamente: ser rector de la Universidad Central no era --ni es-- cosa baladí.

Don Antonio también fue tentado por Madrid. Le llegaban ofertas para que se trasladara a vivir y trabajar allí, que tendría un puesto asegurado y que, dejando el rincón provinciano, llegaría a ser una figura de primer orden en el campo de la crítica. Hay cartas concretas al respecto. Pero no cayó en la tentación. En León se quedó, de León hizo su cátedra, aquí vivió oscuramente y oscuramente murió. Pero --siempre la paradoja--, esa oscuridad fue luminosa. Lo cual indica que su valía era tan extraordinaria y alta, que desde aquí iluminaba lejísimos. Nunca, en lo cultural, España entera ha estado tan pendiente de León como lo estuvo en vida de Don Antonio, muy en especial en los años de *Españaña*: los poetas esperaban impacientes, temblando a veces, qué diría sobre sus obras aquel cura lejano, que vivía en una humilde casa detrás de la catedral y que trabajaba en una más humilde mesa henchida de papeles en desorden.

Sí. Don Antonio permaneció fiel a su tierra. Y esa fidelidad le ha hecho ecuménico e inmortal.

Fernando de Castro llegó, por el camino del liberalismo radical a la ruptura total con la Iglesia. Cayó en la heterodoxia. Al menos, eso es lo que podemos decir de tejas abajo.

De Don Antonio podemos decir, de tejas abajo y de tejas arriba que, no sólo no llegó a la ruptura, sino que permaneció atado y bien atado a sus convicciones y a sus prácticas cristianas, religiosas y sacerdotales. Los recovecos de un alma son secreto de Dios: entender un alma... quién de esta maraña saldría, según pensamiento de Santa Teresa. Pero lo que sabemos sobre don Antonio nos ofrece la certeza de que su vida fue de una limpieza total, de una claridad meridiana y de una acendrada práctica de vivencias entrañadamente aceptadas, asimiladas inexorable y visceralmente, y nunca retractadas.

Estoy convencido de que esta comparación entre Fernando de Castro y Pajares y Antonio González de Lama tiene poco que ver, en apariencia con el talante crítico-literario del uno y del otro. Pero sólo en apariencia. Porque, al darnos un enfoque fundamental de la vida de uno y de otro, nos brinda la oportunidad de centrar más atinadamente la labor crítica de cualquiera de los dos. Y con eso me basta.

Relación González de Lama/Díez Monar

Estrictamente contemporáneos, estos dos hombres, sacerdotes los dos, se conocieron, se trataron, se quisieron, pero no estuvieron de acuerdo en cuestiones que aquí nos interesan. Seguramente, ni se plantearon el uno al otro tales cuestiones.

He expuesto en siete puntos las ideas básicas de José Díez Monar sobre la poesía, es decir, sobre el objeto de la teoría poética y de la crítica poético-literaria. Me limitaré ahora a contrastar esos puntos con otros siete que hilvanan las ideas de Don Antonio, y que se pueden enunciar así:

1) ¿Que la obra estética debe estar hipostáticamente unida a la obra divina? Don Antonio, en principio, no es de esa opinión. Ya en 1935 había afirmado que "en filosofía tenemos que proceder como si la solución teológica no existiera". Tanto más en Arte, en Poesía. Para Don Antonio, parece estar claro que el Arte y la Moral son dos campos autónomos, independientes, aunque puedan tener relaciones, y las tienen. Lo que nunca se podrá hacer críticamente es aplicar criterios valorativos morales al Arte, en cuanto tal, ni criterios valorativos artísticos a la Moral, en cuanto tal. Queda, así, garantizada la independencia del crítico literario en su labor específica, que le viene impuesta por la especificidad acotada de su campo.

2) ¿Que el artista, para serlo de verdad, no puede prescindir de los elementos y problemas eternos? En principio, Don Antonio no tiene inconveniente en ello. Es decir: el artista debe centrarse en esos problemas. Pero, la diferencia respecto a Díez Monar está en qué se entiende por problemas eternos. Si lo son, y don Antonio lo dice expresamente, la muerte y Dios, pero otra cosa es lo que entendemos por Religión. En este punto, don Antonio está influenciado por la filosofía existencialista, que conocía muy bien, y, muy en especial, por el magisterio de Unamuno. Pero, cuando Dámaso Alonso escribió --tratando de la poesía de Leopoldo Panero-- que toda poesía, en el fondo, es religiosa, Don Antonio sintió como una especie de alivio y --a mi modo de ver-- se fue retirando a posiciones más conservadoras, hasta terminar casi casi en la misma línea de Díez Monar. Todo ello, sin mermar en poco ni mucho ni nada de su capacidad de análisis, su 'ojo clínico', y en esto radica su diferencia respecto a él.

3) ¿Que la Poesía está sometida a reglas? ¿Que en la armonía del conjunto elaborado de acuerdo con esas reglas reside la perfección de la obra poética por ser un reflejo de la armonía divina? Aquí la diferencia es radical. Don Antonio no quiere reglas --acentuación, medida, rima--. Don Antonio quiere *vida*, pasión misterio, anclaje en el Ser, etc. hombría. Dejó escrito:

En lo futuro si ha de haber genios, serán genios equilibrados, que sepan unificar el instinto con la reflexión e integrar romanticismo y clasicismo en una unidad superior, preñada de vida y recortada de forma. Entretanto, quisiéramos ver a los jóvenes audaces e impulsivos,

no pálidos y exangües entre las mallas de una retórica sin hueso ni electricidad. Puede volver Garcilaso. Pero me parece que, hoy por hoy, no tiene nada que hacer. En el siglo XVI era necesario dar a la poesía tono y forma, pulcritud y lima. Hoy esto es lo que sobra. Y lo que falta es la espuela que aligere corceles poéticos que irrumpen, piafantes y briosos, en el campo excesivamente florido de nuestra poesía. Si Garcilaso volviera, yo no sería su escudero, aunque buen caballero era. Escribió también:

La materia poética lo es todo. Y la materia no puede ser ese florilegio de tópicos manoseados por todos con más o menos gracia. No está al alcance de cualquiera. La encuentra, no el que la busca, sino el que la tiene, el que vive profundamente en contacto con las realidades más hondas del mundo y del hombre. Poesía metafísica, nouménica, transida de misterio. Esta poesía desprecia el ornato y quiere brotar desnuda, rauda, arrebatada. Quisiera sacudir las entrañas del hombre como un terremoto. Busca la emoción fuerte, enérgica, la conmoción. Es difícil esta poesía porque no se puede aprender como un oficio; es eclosión de un hombre que es poeta porque sí, sin buscarlo y sin quererlo. La calidad del hombre es la media de la calidad de la poesía. Y también:

Es fácil ahuecar la voz y simular profundidad. Y creer que el grito, el ademán desahogado, bastan para ser geniales. El otro peligro es hacer profesión y no poesía. O metafísica. O sermón. O arenga. O panfleto. La poesía no es ninguna de estas cosas que, si pueden ponerse en verso, no pueden suplantarse a la poesía.

Las citas podrían multiplicarse. No es preciso. Sí lo es afirmar que Don Antonio es un rompetechos, un rompehielos de viejas y erosionadas preceptivas y retóricas clasicistas.

4) ¿Que la poesía es un reflejo de la divinidad? Sí, pero no es ésta la cuestión que a Don Antonio interesa. Y, si le interesa, es únicamente a condición de admitir que sólo se puede ser reflejo de la divinidad si se tiene vida. Si la poesía tiene vida, la pregunta ya no tiene sentido. Y esa vida es la que ha de buscar el crítico, detectarla en los poemas, señalarla cuando la encuentre o denunciar su ausencia. Don Antonio era un vitalista. Pero esto me parece lógico si era un devoto de Unamuno. Y la cosa no necesita más explicación. Pero, además, Don Antonio, justamente por ese vitalismo --que es humanismo-- aboga por una poesía clásica, pero no por una poesía pseudoclásica. Y él cree que la poesía que se está haciendo en esos momentos --años cuarenta-- en España es pseudoclásica. De ahí, su indignación contra ella. No es poesía auténtica. Es impuro anacronismo.

5) ¿Que los clásicos, entonces, son los que más alta perfección lograron en sus obras? Claro que sí, pero Díez Monar y Don Antonio no entienden por "clásico" la misma cosa. Y, por supuesto, no es clásico un poeta por el simple uso, aunque sea ejemplar, de la acentuación, la medida

y la rima. De ahí que Don Antonio no condene la poesía moderna por el solo hecho de ser moderna. No. Y de ahí que, también, acepte el verso libre, es decir, aquel que carece de rima, de acentuación y de medida --aunque sobre esto habría mucho que decir para corregir ignorancias muy difundidas--.

6) ¿Que sólo la obra poética así realizada tiene perennidad? Bueno. Esto le tiene sin cuidado a Don Antonio, que había tenido el valor de escribir que "si Garcilaso volviera, él no sería su escudero, aunque buen caballero era". En cuestión de estética, como en otras muchas, como en todas, el gran maestro es el tiempo; Cervantes lo dijo. Nadie puede asegurar perennidad a un poema en el momento de su nacimiento. Los siglos se encargarán de hacer la selección. Si ello es así, no hay por qué dar vueltas a una cuestión que se manifiesta totalmente irrelevante.

7) ¿Condenar la poesía moderna? Dicho queda. No hay por qué. Sí hay que considerar --y así lo hace Don Antonio-- todo lo muerto, lo que no tiene vida, lo falso, lo no auténtico, etc. Pero esto sólo se puede hacer si no se tiene de la poética un concepto hipostasiado como lo tenía Díez Monar, y como *no* lo tenía Don Antonio quien, por ser filósofo, era más racionalista, más racional y... más comprensivo, sin abdicar nunca de un sentido común, que es lo que, en principio, en medio y en fin, tenía Don Antonio a espuestas.

4.

He llamado a Don Antonio, al principio de esta exposición, "el hombre del verbo sonoro", desgajando esta diamantina definición de un poema que me place colocar entero aquí, como epitafio de lo expuesto y a modo de confesión general y confidencial de adhesión íntima a todo lo que una lectura pausada de él me trae en oleadas de emoción verdadera. El poema es de Margarita Merino, y justamente de un libro suyo que fue Premio "Antonio González de Lama" 1985, y que se titula *Viaje al interior*. Canta/llora así este poema:

En otros días conocí a un cura singular,
personaje de belfo caído y gran inteligencia.

Él supo dominar las vanas pasiones
del conocimiento y desplegabá, sonoros,
los verbos radiantes que no se someten
al encierro de las galeradas, en las aulas.

Otras niñas, admirando sus zapatos
de charol, no escucharon aquel discurso
prodigioso que contuvo tibias las llaves
de la vida y de la clarividencia.

Este hombre tranquilo era un archivo
vibrante de documentación inmensa,
paseante inclemente de caminos rurales,
amigo de todos y también de mi padre.

(Les adivino recostados los dos a la sombra
de los muros románicos, leyendo poemas,
hablando de reyes y guerras,
de generaciones de hojas y de hombres,
de librepensadores, de santos y de ascetas).

Todavía te veo yacente en la casa modesta,
el cristal de la oscura caja nos muestra
tu rostro amoratado. Ay Antonio, segado
para siempre el humo de tu cigarro:
Don Antonio González de Lama, muerto.

Llora tu hermana y todos te contemplan,
tan quieto estás, Antonio, en el centro
del tumulto sordo de pisadas, callado.

Me quedo tan triste en la puerta y tengo
en mi mano de niña asustada, un cuaderno:
encontraré las notas de tu letra fresca
estimándome a los márgenes, en esa última
redacción que te entregué sobre la Primavera.